

POSTSCRÍPTUM. EL AFECTO EN LA CAJA DE HERRAMIENTAS

Mabel Moraña

Washington University in Saint Louis

Los intelectuales y artistas no tienen nada que enseñarle a nadie [...] ellos confeccionan cajas de herramientas compuestas de conceptos, preceptos y afectos, de las que diversos públicos harán uso a su conveniencia. (Guattari, *Caósmosis*, 157)

I.

Los factores que han contribuido a la consolidación del tema del afecto como vertiente diferenciada de la crítica cultural son numerosos y, en gran medida, su identificación depende del espacio teórico y de los encuadres (pos)disciplinarios que se desee focalizar. A grandes rasgos, podría señalarse que el tema viene preparado por una larga tradición filosófica que reconoce en autores como Henri Bergson, Baruch de Spinoza, Gilles Deleuze, Félix Guattari y Slavoj Žižek algunos de sus hitos más notorios. Sin embargo, los elementos socio-culturales que influyen en la reactivación de esta temática tienen que ver, de modo más directo, con las transformaciones de la cultura a partir del fin de la Guerra Fría y con procesos vinculados a las dinámicas tanto transnacionales como locales que acompañan la globalización. El debilitamiento de las polaridades político-ideológicas que

habían servido hasta la década de los años ochenta para ordenar la relación de fuerzas en el ámbito internacional y para delimitar los procesos de construcción de subjetividades e imaginarios colectivos en el planetario deja espacio para el surgimiento de una serie de alternativas nuevas en la interpretación de lo social. Éstas eluden tanto el análisis “duro” del economicismo o la teoría sociocultural derivada del marxismo como los cortes disciplinarios del academicismo liberal, humanista y neopositivista. Asimismo, fenómenos como el avance de la tecnología comunicacional y la proliferación de mundos virtuales, el nomadismo producido por exilios y migraciones que obligan al sujeto a elaborar estrategias de reinserción y pertenencia dentro del vasto espacio multicultural, el incremento exponencial de la violencia en todos los niveles (desde el terrorismo internacional al autoritarismo estatal, pasando por las variantes del narcotráfico, el aumento del delito común, etc.) sumado a los efectos devastadores de catástrofes naturales (como el caso de Haití, por ejemplo), ponen sobre el tapete el factor del afecto como un nivel incluídible para el estudio de las formas con frecuencia inorgánicas y discontinuas a partir de las cuales se manifiesta y expresa *lo social*. Se advierte que los procesos de configuración de nuevas formas de dominación y marginalidad que resultan de la globalización se corresponden con pulsiones donde el elemento emocional, pasional, etc. desempeña —más que el de la razón instrumental— un papel preponderante, que se suma a los factores más tradicionalmente asociados a la formación de conciencia social y a la construcción de imaginarios colectivos. Incorporando los aportes de Michel Foucault sobre las genealogías y las tecnologías del poder, las contribuciones realizadas por los estudios de género, las propuestas derivadas del posestructuralismo y las nuevas lecturas del psicoanálisis y el marxismo reelaboradas por el pensamiento filosófico de las últimas décadas, algunas direcciones de la crítica cultural concentran su trabajo en el desmontaje de los fenómenos que caracterizan el capitalismo tardío y en las respuestas que este nuevo orden provoca a distintos niveles.¹ Uno de estos fenómenos es

1. Ben Anderson indica otros factores vinculados con el estudio del afecto: “The turn to affect is therefore legitimized as timely because it provides a way of understanding and engaging with a set of broader changes in societal (re)production in the context of mutations in capitalism. These changes include the advent of new forms of value and

el resurgimiento de dinámicas fuertemente afincadas en la afectividad, tales como el terrorismo, el fundamentalismo religioso, la primacía del mercado, la proliferación de subculturas urbanas, etc., que desafían las categorías *modernas* de interpretación y análisis de lo social.

Dentro del panorama escéptico y fluctuante de la posmodernidad y ante el descaecimiento de las grandes teorías que habían guiado la comprensión del mundo y sus procesos de transformación desde el siglo XIX, el estudio de la afectividad enfatiza una de las líneas de fuga de la modernidad: la energía nomádica que circula en el ámbito de lo social resistiendo el control disciplinario del Estado y sus instituciones. Permeando las relaciones intersubjetivas, la órbita de la domesticidad y de la intimidad y adentrándose en todos los niveles de la esfera pública, el impulso afectivo —en cualquiera de sus manifestaciones pasionales, emocionales, sentimentales, etc.— modela la relación de la comunidad con su pasado, las formas de lectura de su presente y la proyección hacia el futuro posible, deseado e imaginado en concordancia o en oposición a los proyectos dominantes.

Uno de los aportes más importantes al estudio de la subjetividad y al reconocimiento del factor afectivo lo constituyó en su momento *Chaosmose* (1992) de Félix Guattari, donde se impulsa una comprensión del concepto de subjetividad a partir de la teoría bajtiniana. Guattari propone, en efecto, una definición de la subjetividad como “plural y polifónica”, y comienza por ejemplificar sus posiciones al respecto con referencias al levantamiento de estudiantes chinos en Tiananmen, evento en el que, como indica Guattari, “las contagiosas cargas afectivas de que era portador [el movimiento] iban más allá de las simples reivindicaciones ideológicas” (Guattari, *Caósmosis*, 12).² Según Guattari es necesario articular una “concepción más transver-

labor centered around information and images; the emergence and consolidation of biopolitical networks of discipline, surveillance, and control; and the development of the molecular and digital sciences” (Anderson, 165).

2. Guattari se apresura en aclarar que no todo movimiento de subjetivación tiene necesariamente un rumbo emancipador. Da como ejemplo, en este sentido, el caso de Irán, donde los procesos colectivos han estado teñidos de fuertes pasiones guiadas por arcaísmos religiosos y sentimientos fuertemente conservadores. Se refiere también a la caída del Muro de Berlín, suceso en el que se combinan aspiraciones emancipatorias y pulsiones retrógradas (*Caósmosis*, 12-13).

salista de la subjetividad que permita responder a la vez de sus colisiones territorializadas idiosincráticas (Territorios existenciales) y de sus aperturas a sistemas de valor (Universos incorporales) con implicaciones sociales y culturales". (14) Para Guattari, diluidos los antagonismos de la Guerra Fría, una de las formas de responder a la amenaza del productivismo y a la degeneración del tejido social es la apertura hacia "dispositivos de subjetivación" que permitan potenciar aspectos reprimidos en nuestras sociedades y enriquecer nuestra relación con el mundo.

La refundación de lo político —indica Guattari— deberá pasar por las dimensiones estéticas y analíticas que se implican en las tres ecologías del ambiente, el *socius* y la psique (34).

El afecto se cuenta entre las "intensidades no discursivas" que se deben reivindicar para producir cambios de subjetividad tanto en gran escala como a escala molecular, microfísica (35).

Autores como Jacques Rancière impulsan desde una perspectiva ideológica diferente, de indudables connotaciones afectivas, una reinterpretación del lugar de lo estético en relación con la política y de las formas en que la sensibilidad circula y se distribuye a nivel colectivo. Según Rancière, el sistema social, en su forma *policial* de ordenamiento y disciplinamiento de las percepciones, afectos y formas de conocimiento de la realidad, produce una división entre lo que es visible o invisible, audible o inaudible, decible o indecible. La "distribución de lo sensible" funciona así como un sistema de inclusiones y exclusiones donde lo estético está dominado por lo político —y lo ideológico— y donde las formas de expresión y participación en lo simbólico dependen de los posicionamientos sociales.

I call the distribution of the sensible the system of self-evident facts of sense perception that simultaneously discloses the existence of something in common and the delimitations that define the respective parts and positions within it. A distribution of the sensible therefore establishes at one and the same time something common that is shared and exclusive parts. This apportionment of parts and positions is based on a distribution of spaces, times, and forms of activity that determines the very manner in which something common lends itself to participation and in what way various individuals have a part in this distribution.

[...] It is a delimitation of spaces and times, of the visible and the invisible, speech and noise, that simultaneously determines the places and the stakes of politics as a form of experience. Politics revolves around what is seen and what can be said about it, around who has the ability to see and the talent to speak, around the properties of spaces and the possibilities of time (Ranciére 12-13).

Sin embargo, orientaciones como la de Ranciére son aún demasiado tributarias de estructuraciones del conocimiento y de dominios disciplinarios que compartimentan las distintas esferas de la subjetividad y de la acción social. Las políticas del afecto, por su parte, avanzan mucho más fluidamente entre creación y recepción (el *afectar* y el *ser afectado*) y en cuanto a la circulación de percepciones, saberes y sentimientos en el espacio compartido de la subjetividad socializada.

En *The Affective Turn. Theorizing the Social* (2007) Patricia Ticheto Clough y Jean Halley plantean que el “giro afectivo” en los estudios de cultura y sociedad permite avanzar por las sendas ya abiertas por los estudios de género, particularmente la teoría feminista y la teoría *queer*, sobre todo en el estudio de los límites y alcances de la corporalidad y sus vinculaciones con las tecnologías y el campo emocional. El “giro afectivo” permitiría iluminar bajo una nueva luz aspectos de la relación entre lo social y lo subjetivo que de otro modo escaparían a nuestra percepción. Patricia T. Clough indica en su artículo “The Affective Turn. Political Economy, Biomedicine and Bodies” que desde mediados de la década de 1990 la teoría crítica se volcó hacia el estudio del afecto como respuesta a las limitaciones del posestructuralismo y la deconstrucción, teorías que declaran la muerte del sujeto, desconocen el aspecto emocional y marginan el estudio de la materialidad, aspectos que el “giro afectivo” permite recuperar y potenciar.

En general, los estudios sobre el afecto reconocen que una de las dificultades para el estudio de este tema es la falta de una definición concreta que permita ubicar el afecto con respecto a otras formas de funcionamiento intersubjetivo y que ayude a deslindar las múltiples manifestaciones de la vida afectiva según sus formas de manifestación y transmisión. Los distintos autores asignan diferentes valores y características, por ejemplo, a emociones, sentimientos, pasiones y deseos, según su duración, foco, intensidad, modalidades de proyección inte-

rindividual, relaciones con el nivel racional, expresión corporal que los identifica, etc. Algunos, como Teresa Brennan, enfatizan el elemento del juicio como un componente inherente al afecto, y estudian la circulación del afecto entre sujetos, entre sujeto y medio, la creación de atmósferas y las actitudes sociales que acompañan las expresiones de la afectividad. Brennan define el afecto como el "physiological shift accompanying a judgement" (5) y destaca en el afecto la dimensión energética que varía según nos refiramos a emociones, sentimientos o pasiones.³

En *The Affect Theory Reader* (2010) Melissa Gregg y Gregory Seigworth comienzan por señalar que el afecto surge como una manifestación intersticial ("in the midst of in-between-ness"). La afectividad marca la relación entre sujetos tanto como el pasaje de fuerzas o intensidades que se transmiten de cuerpo a cuerpo (humanos o no humanos). Según Seigworth y Gregg, *afecto* es el nombre que damos a esos impulsos viscerales que se distinguen del conocimiento consciente y que incitan o paralizan nuestro movimiento. A un tiempo íntimo e impersonal, el afecto (la capacidad de afectar y de ser afectado) marca la pertenencia del sujeto con respecto al mundo de encuentros y desencuentros que habitamos y que a su vez, de diversas maneras, nos habita. El comportamiento del afecto se aproxima, en este sentido, a los devenires deleuzianos, entendiendo por tales la constante producción de *diferencia* que existe entre eventos o estados particulares.⁴ La producción y transmisión de afecto conecta las distintas instancias de la vida, los diversos sujetos, la relación entre sujeto y acción, entre cuerpo y no cuerpo, entre evento y sujeto.⁵

De esta manera, la incorporación del ángulo afectivo a la crítica de la modernidad agrega una perspectiva diferente al análisis de la

3. Brennan provee en la introducción a su libro una elaborada distinción entre las distintas manifestaciones del afecto y las distintas posiciones desde las que se ha trabajado su caracterización.

4. "Devenir" designa en Deleuze el dinamismo del cambio, la variación o diferencia producida en el movimiento de un estado o de un evento a otro, movimiento que no tiende necesariamente a un fin particular y definido. Es en este sentido como la noción de afecto se vincula a la de devenir.

5. Seigworth y Gregg indican ocho ángulos teóricos de teorización sobre el afecto, cada uno de los cuales parte de distintas premisas, y enfatiza diferentes objetivos. Véase Seigworth y Gregg, 6-9.

cultura y al estudio de las formas de dominación que se asocian con la organización de Estados nacionales, con el liberalismo y el neoliberalismo y con los procesos de globalización que se están desarrollando ante nuestros ojos y que requieren nuevas estrategias interpretativas.

En *Consuming the Romantic Utopia. Love and the Cultural Contradictions of Capitalism* (1997), Eva Illouz, socióloga de la Universidad de Tel Aviv, analiza las interrelaciones entre el amor romántico y el mercado, es decir, “los mecanismos de dominación económica y simbólica que funcionan en la estructura social estadounidense”, considerando que esa forma de amor constituye una arena colectiva en la que se ponen en juego las divisiones sociales y las contradicciones culturales del capitalismo (*Consuming the Romantic Utopia 2*). En un libro posterior, titulado *Cold Intimacies. The Making of Emotional Capitalism* (2007), Illouz articula de manera más amplia los niveles emocionales y político-económicos que tradicionalmente se consideraban estratos separados y autónomos de funcionamiento social, destacando sus conexiones en los ámbitos de la cultura empresarial, la educación, las artes y el consumo. Define así su concepto de base:

Emotional capitalism is a culture in which emotional and economic discourses and practices mutually shape each other thus producing what I view as a broad, sweeping movement in which affect is made an essential aspect of economic behavior and in which emotional life—especially that of the middle classes—follows the logic of economic relations and exchange (*Cold Intimacies 5*).

A su vez, Nigel Thrift —reconocido investigador de la Universidad de Warwick especializado en geografía humana y creador de la teoría no-representacional⁶— señala que las pulsiones del deseo, los sentimientos y pasiones que podemos identificar como móviles y efectos de las interacciones humanas atraviesan el universo de la mercancía, sus formas de producción y de consumo, sus usos y manipulaciones y

6. La teoría no-representacional consiste en el estudio del modo en que diversas prácticas culturales son ejecutadas (*enacted, performed*) y no solamente en el análisis de los productos concretos que resultan de las relaciones sociales y de su actividad productiva. Ver, al respecto, Thrift, *Non-Representational Theory*. Thrift es conocido también por el concepto de “soft capitalism”, término acuñado por él, y desarrollado al menos en una de sus vertientes. Véase “The Rise”.

sus grados de influencia sobre los imaginarios colectivos. Según Thrift, el mundo de la economía no puede ser reducido a una simple dinámica de ingresos y de pérdidas, ni al juego de intereses ni a la serie compleja de estrategias destinadas a la generación de valor. La producción e intercambio económico es inseparable de las pasiones que acompañan esos procesos y de los mecanismos de fascinación y deseo que se ponen en juego a nivel colectivo a través de los recursos estéticos y de los medios de comunicación. Éstos contribuyen a desarrollar lo que Thrift llama "las tecnologías mágicas de la intimidad pública" a partir de las cuales se despliega la seducción del objeto y se afirma su competitividad en un mundo saturado de ofertas y demandas (Thrift, "Understanding the Material Practices", 290). Es a partir de la articulación de virtualidad y realidad, imaginación, estética y materialidad, como la mercancía es creada, promovida y diseminada a todo el planeta. Las pasiones que antes existían recluidas en el ámbito de la privacidad se asocian ahora con el valor material y simbólico de los productos de consumo y se exhiben en la esfera pública como efectos indistinguibles del objeto que las provoca.⁷

Para Brian Massumi, esta articulación de afecto y economía que se utiliza, por ejemplo, para explicar las fluctuaciones de la bolsa financiera, demuestra el papel central de los afectos en la cultura del capitalismo:

The ability of affect to produce an economic effect more swiftly and surely than economics itself means that affect is a real condition, an intrinsic variable of the late capitalist system, as infrastructural as a factory. Actually, it is beyond infrastructural, it is everywhere, in effect. Its ability to come secondhand, to switch domains and produce effects across them all, gives it a metafactorial ubiquity. It is beyond infrastructural. It is transversal (*Parables* 45).

En un mundo dominado por la tecnología comunicativa y la virtualidad, la ideología no alcanza, según Massumi, para explicar ni para definir el funcionamiento del poder:

7. Thrift sigue aquí la línea de Gabriel Tarde (1843-1904) que trabajara los temas de innovación e imitación como fuerzas fundamentales en las interacciones humanas. Tarde ha influido también en filósofos como Gilles Deleuze (*Diferencia y repetición*), Félix Guattari y Bruno Latour.

Affect holds a key to rethinking postmodern power after ideology. For although ideology is still very much with us, often in the most virulent of forms, it is no longer encompassing. It no longer defines the global mode of functioning of power. It is now one mode of power in a larger field that is not defined, overall, by ideology (*Parables* 42).

El afecto no es entonces solamente un aspecto del mundo, es el mundo *todo* entendido éste como universo de potencialidad afectiva. Lo fundamental, es entonces, el proceso por el cual el afecto pasa de la virtualidad al ser-en-acto. En palabras de Massumi, "Affect is the whole world: from the precise angle of its differential emergence". (*Parables*, 43)

Para Deleuze y Guattari, más bien, "[a]ffect is the active discharge of emotion, the counterattack, whereas feeling is an always displaced, retarded, resisting emotion. Affects are projectiles just like weapons, feelings are introceptive like tools. [...] Weapons are affects and affects weapons" (*A Thousand Plateaus*, 400). Las definiciones de afecto y campo emocional descansan con frecuencia en ensamblajes metafóricos, que tratan de capturar los efectos de la energía afectiva, su funcionalidad y ubicuidad, su impacto y a la vez su capacidad difusa de llenar el espacio, de cambiar la naturaleza del espacio-tiempo a partir de la energía que el afecto emite en el proceso de su dispersión.

El estudio del afecto se va desprendiendo así, en algunas teorías, de su asentamiento individual y humano, y se afina más bien en el aspecto energético, diseminador y socializante de la descarga emocional. Nigel Thrift parte de las siguientes preguntas: ¿cómo sería el estudio del afecto si no se enfocara en el sujeto y en la subjetividad?, ¿cómo generan afecto las formaciones políticas?, ¿hasta qué punto es el afecto una forma política en sí misma? (*Non-Representational Theory*, 222; mi traducción).

Uno de los aspectos que enfatiza el estudio de los afectos es el de las dinámicas transindividuales del comportamiento humano que operan antes de la comprensión racional y existen en un dominio que no es solamente subjetivo. Según Thrift indica, siguiendo a Lazzarato, que estos aspectos transindividuales están abiertos a manipulación y resultan de la movilización y modulación de componentes preindividuales, precognitivos y preverbales de la subjetividad que causan

afectos, percepciones y sensaciones (nota 2 al Prefacio de *Non-Representational Theory*, 255) El "giro afectivo" implica, entonces, una entrada distinta en el tema del *Otro* y de la *diferencia* ya se trate de la relación intersubjetiva, multicultural, o de la vinculación entre subjetividad y materialidad, experiencia y acción.

Sin embargo, según Thrift "el momento afectivo" que se consolidara en la crítica cultural, en su último devenir teórico hace por lo menos dos décadas parece haber pasado. De acuerdo a este autor, el estudio del afecto habría llegado ya a instalarse como una vía natural hacia el análisis de situaciones políticas y culturales en todos los niveles de la acción humana y como uno de los aspectos imprescindibles para la comprensión del capitalismo tardío. ¿Nos encontraríamos ya, entonces, en un momento *pos-afectivo*, donde la teoría de los afectos empieza a desgastarse a costa de sus múltiples aplicaciones y extensiones hacia las más diversas áreas de la actividad cultural?

En el caso de América Latina la exploración del tema del afecto ha tenido lugar a través del estudio de sus formas de manifestación y representación artística, con anterioridad al impacto del "giro afectivo" que venimos mencionando en estas notas y que incorpora nuevas formas de teorización y nuevas categorías para el análisis. El estudio del nivel emocional se ha dado en general estrechamente asociado al ideológico, dando por resultado desmontajes minuciosos del discurso del poder (particularmente del autoritarismo, la resistencia popular, el populismo, los movimientos sociales, etc.), aplicándose a la literatura (estudios sobre la novela sentimental, la literatura de la violencia, etc.), a las artes visuales, al deporte y a otros campos de producción cultural. El enfoque ha sido particularmente productivo en el estudio de las posdictaduras (en cuanto a la recuperación de espacios públicos, la elaboración del duelo, las reacciones contra la impunidad y las formas que asume la memoria colectiva, en diversos contextos). Sin embargo, en muchos casos la crítica ha permanecido fuertemente afincada en la textualidad cultural y literaria, y se ha ejercido desde perspectivas fuertemente temáticas, a partir de estrategias hermenéuticas que interpretaban el factor emocional como una emanación directa de la diégesis, es decir, como una instancia representacional destinada a otorgar densidad y verosimilitud al mundo representado. Con un grado mayor de teorización se ha enfrentado el análisis de registros estéticos (cómicos, dramáticos,

etc.), que se beneficiaron de la larga tradición de estudios de la *poiesis* que se inicia en la Antigüedad clásica y recorre la historia literaria hasta nuestros días. Estos registros han sido interpretados como formalizaciones representacionales de estados y devenires afectivos. Las formas de lo trágico, lo sublime, lo heroico, lo farsesco, lo cómico, lo carismático, lo sentimental, lo melodramático, para citar sólo algunas de las modalidades que asume la producción simbólica fílmica, literaria y visual y que frecuentemente se trasladan a la interpretación de las textualidades culturales son inseparables del elemento emocional que articula su *ethos* y de las interrelaciones que las particulares narrativas desarrollan como relato y como imagen del mundo imaginado. A su vez, el estrato afectivo no puede deslindarse de los niveles éticos, estéticos y políticos que configuran sistemas interdependientes de significación que se sostienen entre sí y se proyectan como totalidades de sentido sometiendo a incesantes procesos de reinterpretación.

El “giro afectivo” propone más bien una liberación de la instancia representacional y un estudio del afecto como forma desterritorializada, fluctuante e impersonal de energía que circula a través de *lo social* sin someterse a normas ni reconocer fronteras. *Afecto* nombra así un impulso que, como el de la sexualidad estudiado por Freud y reenforcado por Foucault, permite la problematización de las formas de conocimiento y de las conductas sociales así como de los procesos de institucionalización del poder y sus asentamientos (inter)subjetivos. El afecto es, en este sentido, una vía de acceso a lo real, a lo simbólico y a lo imaginario, una latencia que depende de (y de la cual dependen) las formas de dominación y los procesos de subjetivación que ellas generan y a partir de las cuales el poder mismo es configurado y reconfigurado en constantes devenires. Definidos como “intensidades impersonales” que no pertenecen ni al sujeto ni al objeto, ni residen en el espacio intermedio entre objeto y sujeto (Anderson, 161) los afectos han sido codificados en términos de su autonomía (Masumi), su inconmensurabilidad (Hardt y Negri) y sus formas de transmisión intersubjetiva. Según Ben Anderson, “el afecto es el límite del poder porque no tiene límites” (166). Es una fuerza en constante formación, inacabada por naturaleza, abierta, exterior, inestable. Integra la consolidación de los biopoderes y las formas de control social que los imponen, tanto como las estrategias de resistencia que

los desafían.⁸ El afecto se mueve entonces entre los extremos del control y el exceso. Constituye una fuerza a la vez constructora y destructora, cohesiva y dispersante, un punto ciego de la racionalidad moderna y una de sus más nítidas líneas de fuga.

Algunas de las preguntas que subyacen a las múltiples y diversificadas aproximaciones al tema del afecto y que parecen relevantes a nuestra área de trabajo serían, por ejemplo, las siguientes: ¿cómo entender, si no es a través del afecto, las pulsiones que atraviesan el populismo, que dinamizan a los movimientos sociales, que subyacen a las gestiones de la "nueva izquierda" en América Latina y que impulsan el cambio en los protocolos representacionales de las artes?, ¿cómo explicar, sin tomar en cuenta el elemento de la emocionalidad, la acción de la memoria histórica, los procesos de resistencia y duelo colectivo, la relación entre ideas y emociones aludida por Roger Bartra, la configuración de la masculinidad, el *performance* que vincula cuerpo y trabajo, cuerpo y violencia, sentimiento, arte y sexualidad?, ¿cómo dar cuenta, prescindiendo de la función que cumplen las emociones, sentimientos y pasiones, de las reacciones que desata, sobre todo en un mundo globalizado, el temor al *Otro*, su inconmensurabilidad, su incógnita, su *diferencia*?, ¿de qué manera penetrar el fenómeno general del consumo como utopía participativa y supuestamente democratizante en el mundo de hoy: la perpetuación del deseo insatisfecho como estrategia de control social, el valor simbólico-emocional de la mercancía, y tantos otros ángulos que atienden primariamente a la modificación de subjetividades en el nuevo milenio y que buscan respuestas que desafían el predominio hermenéutico de la racionalidad instrumental? Asimismo, podemos preguntarnos: ¿cómo entender, sin incorporar el tema del afecto, formas de subjetividad tan dispares como las del sujeto migrante, la transexualidad, las culturas de frontera, las diversas formas de hibridación social que se apartan de las formaciones identitarias lineales y plantean alternativas intermedias (*in-between*) que despiertan asombro, desconcierto, temor, porque alteran las formas ya naturalizadas de concebir la relación del individuo con el territorio, con el género, con lo que tradi-

8. Anderson, entre otros, elabora sobre el tema del exceso de afecto. Ver su artículo "Modulating the Excess of Affect" en el cual aplica esos conceptos al estudio de "las intensidades de la guerra".

cionalmente entendemos como “naturaleza humana”?, ¿cómo interpretar las fuerzas que recorren las ciudades de nuestro tiempo, atravesadas por el miedo, la ansiedad, la inseguridad, los deseos de pertenencia, el odio hacia los otros, los deseos de venganza, los sentimientos de solidaridad?, ¿cómo explicar la pasión desbocada del deporte, el fanatismo que despierta la música, la experiencia del terror cotidiano? Y, al mismo tiempo, ¿cómo eximir al afecto de su aura romántica e ingenua, de la connotación convencional que lo vincula a la pasividad del sujeto que sufre los efectos del mundo sin llegar a controlar sus consecuencias, viéndose ganado por intensidades que no llega ni a comprender ni a canalizar?

Dentro del campo de los estudios latinoamericanos, los trabajos sobre el tema de la *diferencia* (Alberto Moreiras), sobre las nociones de duelo, melancolía y memoria colectiva en el período de las posdictaduras (Nelly Richard, Idelber Avelar), sobre violencia (Rossana Reguillo, Mary Louise Pratt, Bolívar Echeverría), sobre sujeto migrante (Antonio Cornejo Polar), sobre el miedo (Jesús Martín-Barbero, Susana Rotker), el melodrama (Hermann Herlinghaus) y tantos otros temas que articulan elementos estéticos, ideológicos y afectivos han constituido aportes importantes al estudio de las políticas del afecto que se enfocan en estas páginas.⁹ Sin embargo, el libro más claramente inscrito dentro de los parámetros de este debate es el de Jon Beasley-Murray, *Poshegemonía. Teoría política y América Latina* (2010), en el que se articulan los conceptos de hegemonía, multitud, afecto y *habitus* para un análisis de movimientos políticos y de prácticas culturales en América Latina durante el siglo XX. Siguiendo algunos conceptos y aspectos de la metodología expositiva de Brian Massumi, que oscila entre el ejemplo (la narración de *casos*) y la teorización, el libro de Beasley-Murray entrega una fructífera aplicación

9. Aparte de sus trabajos sobre el melodrama, género que subraya específicamente la función del afecto en las artes y en una variedad de prácticas culturales, Hermann Herlinghaus alude en su libro *Violence Without Guilt* a lo que denomina “a modern war on affect, understood as an intrinsically modern phenomenon [that] can be thought of as a conceptual and historical blueprint for engaging globalization”. En referencia a esta idea trae a colación el concepto de “affective marginalities” vinculada a la noción de Jacques Rancière sobre “la distribución de lo sensible” y al “theatre of social emotions” que remite al trabajo de Damasio sobre Spinoza y a las elaboraciones de Teresa Brennan en *The Transmission of Affect*.

de muchas de las orientaciones que hemos venido delineando sobre la función y comportamientos del afecto en las redes intersubjetivas que constituyen *lo social* y configuran *lo político*. Según indica Beasley-Murray:

El afecto es una amenaza para el orden social. Analizar los aparatos de captura que confinan el afecto y las líneas de fuga que los atraviesan, a lo largo de las cuales el afecto huye, permite una redesccripción de las luchas sociales y de los procesos históricos (134).

Su objetivo es, desde una perspectiva deleuzeana, sentar las bases para una teoría de la poshegemonía, efectuando “un análisis de la cultura que dé cuenta del Estado sin subordinarse a su lógica, para de ese modo poder cartografiar las vicisitudes históricas de las relaciones entre nómades y Estado; un análisis de la doble inscripción de la política, tanto como la disparidad entre sus dos registros [inmanencia y trascendencia]”. (135) Según Beasley-Murray, “El Estado debe ser explicado dos veces: en su instanciación en afectos y hábitos, tanto como en su proyección como soberanía trascendente” (135).

Se descubre así una potencial cualidad emancipatoria y subversiva (dispersante, resignificadora) en el afecto y, en ese sentido, una nueva forma de leer la política (*lo político*) sobre todo en las modalidades que se oponen al “aparato de captura” del Estado y a los modelos de conocimiento y acción que lo sustentan.

II.

Los trabajos que integran este libro recorren de diversas maneras las avenidas teóricas que venimos mencionando y registran en diversos estilos la transformación de las redes intersubjetivas y de las múltiples lógicas que atraviesan el capitalismo tardío. Si es cierto que el afecto expresa efectos, estados y modos de ser de la subjetividad, conecta individuos, espacios y eventos, disemina energía, desorganiza y desnaturaliza productivamente el statu quo, no es menos cierto que a través del *afectar* y del *ser afectado* el sujeto participa en una dinámica de interpelación que, lejos de ser mecánica o deliberada, se abre imprevisiblemente a la creatividad de la resistencia y el cambio. El individuo es requerido y activado afectivamente por el mundo y a

partir de los afectos articula esos requerimientos y desarrolla formas de agencia (*agenciamientos*) anteriores y exteriores a la racionalidad del Estado, fuerzas a-teleológicas, fluctuantes y nomádicas. Se funda así lo que Trigo llama una nueva economía libidinal en la cual se produce la catexis del deseo: la energía afectiva se proyecta hacia el objeto-mercancía, en el que la materialidad y lo simbólico se funden para conferir al producto un valor afectivo que circula por los espacios de intercambio y socialización. La lógica acumulativa y expansiva del capital "hace coincidir como nunca antes la producción de riqueza con la producción de *juissance*, la extracción de plusvalía con la extracción de *plus-de-jouir*, la explotación del trabajo con la explotación del deseo" (Trigo)

A su vez, la producción de subjetividad en el capitalismo tardío tiene que ver con los regímenes de trabajo en los que se articula poder y deseo, cuerpo y afecto, espacio-tiempo con valor-mercancía. Dos aportes al tema están dados por los trabajos de Juan Poblete y Ana del Sarto, en los que se articula el tema de la frontera, expresión real y metafórica del *entre-lugar* en el que proliferan los afectos y se tensan radicalmente los procesos de subjetivación y socialización. El nomadismo de cuerpos y energías productivas, la desterritorialización y reterritorialización de individuos y proyectos, la confusión de lenguas y las hibridaciones culturales convergen en procesos de intercambio y revalorización permanente en los que las coordenadas identitarias de pertenencia y socialización son puestas en suspenso y resignificadas creando lo que Poblete caracteriza como un "contexto post-social". El artículo de Juan Poblete reflexiona sobre procesos de representación y articula afecto y espacios de socialización (la esquina urbana, el campo agrícola, la cancha de fútbol), ámbitos por los que transitan formas inorgánicas de transmisión del afecto que rebasan la lógica de *lo nacional*, *lo político*, *lo social*, categorías modernas que existen sólo afantasmadas en los escenarios globalizados.

En el estudio de Ana del Sarto la variante del género incorpora un ángulo específico al estudio de los regímenes de trabajo instalados en Ciudad Juárez como parte de los planes de desarrollo fronterizo y al análisis de las formas de violencia que han venido asolando la región en las últimas décadas. El tema articula localidad y globalidad, afecto y trabajo, el particularismo del abuso y las formas sistémicas de las que deriva, permitiendo el desmontaje de una de las lógicas funda-

mentales de dominación en el capitalismo tardío: la que pasa por el control de los imaginarios y el disciplinamiento del afecto, que excediendo los "aparatos de captura" del sistema se dispara, sin embargo, como una fuerza desatada sobre y desde los cuerpos victimizados en el proceso de producción de mercancías.

Articulando género y afecto otros estudios enfocan el tema de la masculinidad como inflexión específica de la subjetividad que marca las interacciones sociales y la construcción de "cultura política" (Ferman) en diversos contextos latinoamericanos. Ferman vincula la cuestión del género a la violencia del autoritarismo y se detiene en las estrategias que metaforizan las rupturas del poder al mostrar los quiebres de la masculinidad (emasculación, impotencia) como alteraciones profundas de los sistemas de interacción social. Analizando narrativa argentina y cubana Ferman estudia el "montaje" de genitalidad y poder masculino como una expresión política posutópica en la que el mundo de los afectos y el de la ideología se funden y sostienen mutuamente.

Ana Peluffo, por su parte, se concentra en *Historia del llanto. Un testimonio* (2007) de Alan Pauls, donde el emocionalismo masculino se elabora reivindicativamente como contrapartida de la masculinidad épica de la militancia armada y de las tecnologías del poder utilizadas para doblegar el cuerpo social y los imaginarios colectivos particularmente durante el período dictatorial. El mundo de los afectos que la misma autora estudiara ya en *Lágrimas andinas. Sentimentalismo, género y virtud republicana en Clorinda Matto de Turner* (2004) como alternativa a los sistemas de control androcéntrico y etnocéntrico que rodean el surgimiento del indigenismo es aquí rearticulado en el *performance* afectivo que en la novela de Pauls teatraliza la relación compleja entre intimidad y espacio público, cuerpo y relato.

Siempre dentro del nivel representacional, el trabajo de Adela Pineda interconecta narrativa literaria, relato fílmico e ideología revolucionaria: formas todas de figuración utópica que contrapesan los protocolos de orden, racionalidad y control social con la ilusoria *mise-en-scène* del simulacro representacional y los diversos niveles de realidad que éste articula. La circulación del afecto recorre el espectro que va desde la ideología a su representación figurada, es decir, desde la acción social hasta su proyección imaginaria, que devuelve la acción como en un espejo que invierte las imágenes y confunde sus lengua-

jes y sus efectos. Pineda explora los límites de la ciudad letrada y de la racionalidad ilustrada en contraposición a la corporeidad “visceral” de los actores sociales convertidos en espectadores de la Historia simulada en el relato fílmico y literario. El afecto habla así múltiples lenguas y desarrolla protocolos interpelativos en diversos niveles, multiplicando sus efectos sobre el personaje colectivo de la multitud revolucionaria.

También en el espacio afectivo del sentimentalismo se ubica el trabajo de Ana Pizarro sobre el discurso amoroso, ejemplificado en el intercambio epistolar entre Ángel Rama y Marta Traba, en el que converge intimidad y esfera pública (esta última relacionada con la posición de ambos críticos como intelectuales públicos). Ya el *Diario* (2001) de Ángel Rama había iluminado aspectos de la vida en pareja, de los afectos que recorrían la escena doméstica y de la tarea literaria como sondeo del espacio privado. Allí Rama se refería a la enfermedad de Marta, a su propia desolación cuando ella partía. Dice Rama, comentando esa tonalidad de su escritura: “[...] el diario no ha nacido porque sí en mi vida en estos años: voy entrando dentro; y no es el cambio de medio y sus hostilidades, sino la tarea del tiempo que me lleva a un ámbito interior para el que he sido tantas veces sordo y me propone su calma y la sedimentación de vivir”. La voz autobiográfica se complementa con el dialogismo de la correspondencia y entrega una visión en la que el sentimiento es la contracara que da nuevo sentido a la voz crítica y permite una apropiación más personal e íntima de los planos más (pre)visibles de la política y de la construcción de campos culturales.

Otra articulación de afecto y política aparece en el trabajo de Juan Pablo Dabove a través del estudio de la carismática y controversial figura de Hugo Chávez, presidente de la República Bolivariana de Venezuela. Dabove estudia la fascinación del poder entendida como una pasión que combina atracción y horror, abyección y admiración ante la figura del líder que reformula –recrea– la narrativa nacionalista ante la doble audiencia de la élite letrada y las clases subalternas. Dabove sitúa en la voz el *locus* de potencia *poiética*: espacio y energía en el que se unen lo material y lo incorpóreo, oralidad e inscripción discursiva de *lo político*. El resultado es un agudo análisis del *performance* del poder que encuentra sus raíces en una tradición de héroes-bandidos insurgentes registrados por el discurso de la historia y la

literatura. La pasión a partir de la cual se elabora el relato político-poético recorre los espacios de la ficción y de la historia, interpela a la multitud como sujeto colectivo y relee el pasado, el presente y el futuro posible desde el dispositivo de la voz, dimensión espectral y profética de la presencia.

Idelber Avelar enfoca, por su parte, las memorias tituladas *O que é isso, companheiro?* (1979) de Fernando Gabeira, ex guerrillero y miembro del Partido Verde Brasileiro, como fuente para rescatar una de las imágenes de la cultura política brasileña durante la década de los años setenta y mitad de la siguiente. Su objetivo es vincular aspectos que remiten a las políticas de género con el panorama ideológico durante y después de la lucha insurgente a través de la figura de Gabeira, que ilustra los procesos de transformación que tienen lugar en ambos registros y la forma en que esos cambios son inscritos en clave autobiográfica. La épica revolucionaria y los paradigmas de machismo remiten a una "mitología del heroísmo" que marcó tanto el *ethos* guerrillero como las percepciones que se tuvieron sobre el proceso y la conducta de sus participantes en situaciones tan extremas como la clandestinidad y la tortura. El trabajo de Avelar apunta así a varios niveles críticos y teóricos vinculados a la desestabilización de modelos vinculados con las políticas de género y a los paradigmas estereotipados a los que esos modelos dan lugar. Avelar indica, por ejemplo, que la misma expresión "crisis de la masculinidad" que se usa con frecuencia para indicar la pérdida de vigencia de esa noción típicamente moderna "es una formulación pleonástica, en la medida en que nunca hubo masculinidad que no estuviera en crisis".

También ligado al género, el discurso de la moda y el consumo que analiza Susan Hallstead se vincula a la formación de subjetividades colectivas que se produce durante los procesos de modernización a finales del siglo XIX. Como expresión de un deseo siempre insatisfecho, de una saturación de mercancía vivida paradójicamente como carencia y voluntad de posesión, la pulsión del consumo va acompañada de impulsos afectivos en los que sentimientos de frivolidad, envidia, superficialidad se combinan con las tensiones derivadas de conflictos de clase, raza y género a partir de los cuales se va definiendo el perfil de la nación moderna en América Latina. El discurso de la moda y el consumo permite penetrar las intrincadas redes de la socialización familiar, la estructuración de la esfera pública y de la

intimidad en conexión con la consolidación de mercados nacionales y la formación de identidades de género en el capitalismo periférico.

Varios artículos se vinculan con las textualidades y efectos musicales como vías de transmisión de afecto y expresividad dialógica que vincula lo íntimo y lo público. María Rosa Olivera-Williams propone leer el tango como una “ruina alegórica de la modernización” que deja al descubierto y reelabora diversos pasados y vertientes culturales, cada una de las cuales arrastra distintos registros emotivos. Inmigrantes europeos, campesinos desplazados, “orilleros” portuarios, aportan un contrapunto de vivencias y sentires que el tango sintetiza y reformula. Como forma de transmisión del afecto la música y las letras que la acompañan conectan corporeidad y energía pasional: erotizan los cuerpos, movilizan emociones, y rearticulan sensibilidades que subvierten el orden social por la liberación de los sentidos y la suspensión de la racionalidad. Ángel Quintero Rivera descubre en la combinatoria de elementos afro-americanos una subversión epistemológica: una nueva manera de conocer la realidad y de actuar sobre ella. En la música afroamericana la heterogeneidad se carnavaliza. Tiempo sonoro y espacio danzante se combinan en una *performance* que articula la circulación de afectos, sensaciones, tradiciones y dinámicas colectivas, es decir, en una productividad creativa y fuertemente emocional de efecto liberador e insubordinante. En cuanto al bolero, Daniel Party lo vincula a la expresión de las identidades colectivas, particularmente a los procesos de construcción del yo y a la concepción de formas de relacionamiento intersubjetivo que tiene el valor de una verdadera “educación sentimental”. La historia del bolero y sus distintas vertientes permiten entender no sólo la coexistencia de variadas formas de sensibilidad, sino también los cambios que se van produciendo en la manera de entender y vivir la intimidad. Finalmente, en el trabajo de Livia Reis, la música (el rap, en este caso) se asocia a otras formas de producción simbólica vinculadas al fenómeno de explosión de la violencia en el Brasil de las últimas décadas: la narrativa de ficción y el cine documental. Esta producción requiere enfoques interdisciplinarios, en los que se combinan los métodos de la antropología, la crítica literaria y la crítica cultural. En cualquiera de sus variantes el arte ya no elude el giro testimonial que a veces muestra, como en *Ciudad de Dios*, de Paulo Lins, “la estética de la depredación”, que obnubila la expresión afectiva que parece haber

cedido ante el régimen de violencia y destrucción que acompaña el mundo de la droga. Emociones ocultas, reprimidas, forman así un sustrato invisibilizado que desestabiliza desde sus bases a la sociedad en su conjunto. Los lenguajes son a veces incomprensibles, cifrados, incommunicantes.

Dierdra Reber analiza la función de la emoción como “árbitro del poder cultural” y elemento clave de afirmación identitaria a partir del estudio de dos películas, *El secreto de sus ojos* (2009) de José Campanella y *La mujer sin cabeza* (2008) de Lucrecia Martel. El nuevo cogito “Siento, luego existo” parece haber reemplazado, según Reber, el principio de la racionalidad cartesiana. El mundo de los afectos ha eclipsado al de la razón en tanto vehículo epistémico predominante de conocimiento y construcción del valor cultural. Para Reber, este fenómeno deriva de los dictados epistemológicos del capitalismo, e indica que tanto la afirmación como la resistencia a la cultura hegemónica tienen lugar hoy día en el lenguaje del afecto.

Román de la Campa conecta “el fenómeno Bolaño” con el tema del exilio o, más bien, con la dislocación de las dinámicas de desterritorialización, tal como el tema se manifiesta en las novelas *Los detectives salvajes* (1998) y *2666* (2004). El tema benjaminiano de la ruina y el trabajo de Edward Said sobre escritura y exilio informan, en buena parte, las reflexiones de De la Campa sobre la obra de Roberto Bolaño. El estudio sobre sus novelas se detiene en el tratamiento que Bolaño ofrece sobre el tema racial, sobre la función de escritores e intelectuales, sobre las vinculaciones entre escritura y cultura nacional. Con respecto al uso del lenguaje en la obra de Bolaño, De la Campa, destaca, por ejemplo, la “dislocación verbal” de un castellano que en la narrativa de Bolaño se mueve entre las variantes mexicanas, chilenas y españolas, poniendo así “a prueba los límites del pacto entre el canon literario y las lenguas nacionales”. El tema de “la sensibilidad postexílica” que presenta De la Campa se perfila así como un campo fértil para el estudio de la energía afectiva que lo recorre: sentimientos de pérdida, reajustes permanentes del sujeto en panoramas siempre diferentes de inserción social, relaciones cambiantes con la lengua, el espacio cultural y la idea moderna de *lo nacional* obligan a revisar parámetros críticos y categorías teóricas que permitan captar el dialogismo de la experiencia exílica, las transformaciones de percepción y subjetividad que ella provoca y el conjunto de figuraciones simbólicas que desencadena.

También centrado en un texto literario concreto, *Los ejércitos* (2007), del colombiano Evelio Rosero, Héctor Hoyos desarrolla una reflexión sobre la violencia tal como ésta se desenvuelve en una narrativa de alta emocionalidad, donde el *sentir* y el *mirar* constituyen, igual que la escritura, operaciones que exploran el sentido de lo real y de lo imaginado. Vinculada estrechamente a los temas de la culpa, del deseo y del terror, la narrativa de *Los ejércitos* no renuncia a lo afectivo, testimoniando la carencia de mecanismos racionales que puedan aproximarse siquiera al horror de la violencia indiscriminada. Hoyos resalta, además de la estrategia de la representación emocional, la apelación de Rosero a la inmanencia y la secularidad. Los lazos familiares, el deseo erótico, la exhibición del cuerpo vital y del cuerpo torturado, las formas variadas de la abyección gratuita, que muestra un predominio incontestado del mal que desarticula por completo el cuerpo social, crean en la novela analizada por Hoyos una saturación signica y simbólica. Según Hoyos, “agotada la concientización política, y la sensibilización estética, queda el camino de la conmoción interior”. La afectividad desborda la narrativa de Rosero, es, como indica en su trabajo Dierdra Reber, el principal vehículo epistémico y el principal dispositivo para la construcción del valor cultural.

Como indica Roger Bartra en el trabajo que encabeza este libro, “las tensiones intelectuales con frecuencia han adoptado la forma de una batalla entre las emociones y las ideas”. Desde las disputas en el ámbito de la pintura en el siglo XVII entre el racionalismo del dibujo asociado al mundo “masculino” y el sentimiento que sugiere el color, más propicio a la expresión de la sensualidad y la corporalidad femenina, antecedente que Bartra rescata como representativo de la oposición entre racionalidad y emocionalidad en el siglo barroco, hasta los *cronopios* y los *famas* descritos por Cortázar como caracterización de dos formas distintas de acción intelectual y de comportamiento afectivo, ambos lados de la batalla han potenciado sus dominios y reclamado preeminencia sobre su contrario. Bartra ve esta (falsa) oposición como una pugna entre “dos grandes castillos culturales”, bastiones de diversas concepciones del mundo y de la vida. Otra querrela es la que se organiza en torno a las culturas de la sangre y de la tinta, que marcan posiciones distintas, a veces convergentes, en América Latina y que conllevan fuertes cargas de emocionalidad. Acerca de estas encontradas vertientes dice Bartra: “El estudio de las emocio-

nes se impone sobre el análisis de las razones. Las texturas sentimentales parecen más interesantes que los textos, los discursos y los archivos". Y recuerda a Hume: "La razón es y debe ser la esclava de las pasiones". Bartra estudia las "identidades melancólicas", vertiente vastamente representada en América Latina, con su repertorio de "gauchos tristes, poesía amarga, indios deprimidos, saudades urbanas, boleros quejumbrosos, tedios campesinos, andinos tristes, tangos nostálgicos y muchos otros más". La idea de la melancolía acompaña el mito del mestizo, figura transicional y fronteriza entre culturas, etnias y proyectos políticos. Bartra advierte sobre los peligros de un exceso de sentimentalización en la interpretación de nuestra historia, como si ella respondiera a un destino trágico marcado desde sus orígenes por la devastación colonizadora. La experiencia revolucionaria de Cuba, las reavivaciones del populismo en Venezuela y el México posrevolucionario constituyen casos específicos de exaltación política de fuerte carga emocional y quizá evidencian una "estructura de sentimientos", para usar la expresión de Raymond Williams, que sostienen el proyecto colectivo. Los mitos que informan la conciencia nacionalista alimentan desde los inicios la idea de una América Latina dependiente, atrasada, subdesarrollada, subalterna y poscolonial. Pero los mitos del nacionalismo, aunque pueden constituir, como Bartra señala, un "espectáculo fascinante", estarían pasando por un proceso de disolución desde la desaparición del bloque socialista. La cultura política tercermundista habría quedado en ruinas, y no sabemos aún hacia dónde nos dirigimos. Ésta es una coyuntura que favorece, según Bartra, el resurgimiento del interés en las pasiones y los afectos. El sentimentalismo acompaña la crisis de la izquierda que parece indicar la senda hacia una reformulación de la cultura cívica democrática y de las identidades colectivas, hoy endurecidas y estereotipadas, en espera de transformaciones radicales que representen los nuevos procesos, y los nuevos agentes sociales.

Los aportes que este libro realiza al estudio del "giro afectivo" que informa los estudios de la cultura son, a mi juicio, fundamentales para una revisión radical de la historia cultural y política de América Latina, de sus desarrollos internos y de las respuestas que la región elabora a los desafíos de la globalización. Ellos permiten explorar lenguajes y estrategias de representación, dimensiones locales y flujos transnacionales, donde el territorio originario (nacional, lingüístico,

afectivo) se pierde y se recrea de manera incesante. Las categorías que se mencionan en este artículo y que se ponen en circulación en los estudios que este libro recoge iluminan las redes intersubjetivas y las pulsiones individuales que subyacen a la producción de mercancías reales y simbólicas, a la elaboración de respuestas políticas y a la comprensión de dinámicas comunitarias. El estudio de emociones, sentimientos y pasiones se convierte así en una de las aproximaciones más efectivas al estudio de la “sociedad incivil”¹⁰ que ha venido reemplazando la utopía moderna de la ciudad como unidad orgánica y armónica, espacio ideal para el desarrollo de las instituciones, el disciplinamiento de la ciudadanía y la búsqueda del consenso. Los estudios del miedo, la violencia, el terrorismo, el tráfico humano, la persecución de la otredad, el nomadismo migrante, el desencanto ideológico y la banalidad del consumo requieren rebasar los parámetros de la razón instrumental para revisar las intrincadas sendas del deseo y las transformaciones radicales de una subjetividad sujeta a los cambios tumultuosos del mundo real y a sus proliferantes virtualidades.

OBRAS CITADAS

- ANDERSON, Ben. “Modulating the Excess of Affect. Morale in a State of ‘Total War’”. *The Affect Theory Reader*. Eds. Melissa Gregg y Gregory J. Seigworth. Durham: Duke University Press, 2010, pp. 161-185.
- BEASLEY MURRAY, Jon. *Poshegemonía. Teoría política y América Latina*. Buenos Aires: Paidós, 2010.
- BOLAÑO, Roberto. *Los detectives salvajes*. Barcelona: Anagrama, 1998.
- 2666. Barcelona: Anagrama, 2004.
- BRENNAN, Teresa. *The Transmission of Affect*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 2004.
- DAMASIO, Antonio. *Looking for Spinoza. Joy, Sorrow, and the Feeling Brain*. Boston: Houghton Mifflin Harcourt, 2003.
- GABEIRA, Fernando. *O que é isso, companheiro?* Rio de Janeiro: Codecri, 1979.
- GREGG, Melissa y Gregory J. SEIGWORTH (eds.). *The Affect Theory Reader*. Durham: Duke University Press, 2010.
- GUATTARI, Félix. *Caósmosis*. Buenos Aires: Manantial, 1997.

10. Sobre el concepto de “sociedad incivil” véase Keane.

- HARDT, Michael y Antonio NEGRI. *Empire*. Cambridge: Harvard University Press, 2000.
- *Multitude: War and Democracy in the Age of Empire*. New York: Penguin Press, 2004.
- HERLINGHAUS, Hermann. *Violence Without Guilt. Ethical Narratives from the Global South*. New York: Palgrave MacMillan, 2007.
- ILLOUZ, Eva. *Consuming the Romantic Utopia. Love and the Cultural Contradictions of Capitalism*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press, 1997.
- *Cold Intimacies. The Making of Emotional Capitalism*. Cambridge: Polity, 2007.
- KEANE, John. *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid: Alianza, 1996.
- Lazzarato, Maurizio. *Les Révolutions du Capitalisme*. Paris: Empecheurs du Penser en Rond/Le Seuil, 2004.
- "From Capital Labor to Capital Life". *Ephemera*, 4, 3, 2004, pp. 187-208.
- "Immaterial Labour", <www.generation-online.org/c/fcimmateriallabour3.htm>.
- LINS, Paulo. *Cidade de Deus*. São Paulo: Cia. das Letras, 1997.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús. "La ciudad que median los miedos". *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*. Ed. Mabel Moraña. Pittsburgh: IILI, 2002, pp. 19-35.
- MASSUMI, Brian. *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*. Durham: Duke University Press, 2000.
- MORAÑA, Mabel. *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*. Pittsburgh: IILI, 2002.
- MOREIRAS, Alberto. *The Exhaustion of Difference. The Politics of Latin American Cultural Studies*. Durham: Duke University Press, 2001.
- PAULS, Alan. *Historia del llanto. Un testimonio*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- PELUFFO, Ana. *Lágrimas andinas. Sentimentalismo, género y virtud republicana en Clorinda Matto de Turner*. Pittsburgh: IILI, 2004.
- RAMA, Ángel. *Diario, 1974-1983*. Montevideo: Trilce, 2001.
- RANCIÈRE, Jacques. *The Politics of Aesthetics*. New York: Continuum, 2006.
- REYES, Carlos. "Ángel Rama a través de su gran archivo personal". *El País* 6/7/10, <<http://www.elpais.com.uy/100706/pespec-500038/espectaculos/Angel-Rama-a-traves-de-su-gran-archivo-personal>>, (8.30.11).
- ROSETO, Evelio. *Los ejércitos*. Barcelona: Tusquets, 2007.
- ROTKER, Susana (ed.). *Ciudadanas del miedo*. Caracas: Nueva Sociedad, 2000.
- SPINOZA, Baruch de. *Ética: demostrada según el orden geométrico*. México: Fondo de Cultura Económica, 1958.

- THRIFT, Nigel. *Non-Representational Theory: Space, Politics, Affect (International Library of Sociology)*. London: Routledge, 2007.
- . “Intensities of Feeling: Towards a Spatial Politics of Affect”. *Geografiska Annaler*, 86B, 2004, pp. 57-78.
- . “Understanding the Material Practices of Glamour”. *The Affect Theory Reader*. Eds. Melissa Gregg y Gregory J. Seigworth. Durham: Duke University Press, 2010, pp. 289-308.
- . “The Rise of Soft Capitalism”. *Cultural Values* 1, 1, 2009, pp. 29-57.
- TICINETO CLOUGH, Patricia y Jean HALLEY. *The Affective Turn. Theorizing the Social*. Durham: Duke University Press, 2007.
- ŽIŽEK, Slavoj. *Violence*. New York: Picador, 2008.